

esta pintura está sobremanera recargada; á lo que contestaremos, que es verdad que existian numerosas excepciones que hacian esperar la vuelta á la buena senda; pero que lo otro, lo general, estaba tan á la vista, era tan frecuente, que bien podia temerse que la dolencia se propagase á los elementos sanos, acabando por abarcarlo todo y en todas partes. En cuanto á lo de que no era sólo de este tiempo, diremos que en ningun otro tuvo mayor desarrollo ni se vió tan claramente, y esto se comprende, considerando que, abierta bruscamente la puerta á todas las libertades, á todos los derechos, los vientos de las pasiones, desencadenados con pavoroso estrépito, produjeron esas tempestades que removieron el fondo del mar de nuestra sociedad, produciendo turbulento oleaje y cegando todos los buenos instintos con el lodo que enturbió las aguas, que habian de tardar en serenarse, y en hacer desaparecer las huellas de tan tremenda borrasca.

Y á los que crean que nuestra pintura está recargada, recordaremos que nosotros hemos visto todo lo que contamos, que hemos sido á veces actores y testigos de este drama complejo, y que á más de cuatro de los que lean este libro, parecerá pálida y sin color, al lado de la realidad, de la que ellos habrán podido tener la evidencia.

Historias conocemos que no saldrán jamás de nuestros labios ni de nuestra cartera, que á ser conocidas, que á estamparlas aquí, llevaran el convencimiento á los más incrédulos, á los ménos pesimistas de cuantos llegaren á dudar de nuestras palabras.

Dígasenos si en una sociedad de tal manera afectada, no habia de producir efecto un correctivo impuesto con mano firme y vigorosa, y si este correctivo no venía en tiempo oportuno y hábil para que su eficacia fuese verdaderamente poderosa, y no contrarestada por circunstancias que en un caso dado podian anularla.

*Echegaray* comprendió la enfermedad, adivinó sus causas, previó sus funestos resultados, observó las partes más principalmente atacadas y se propuso aplicar el remedio, cualquiera que éste fuere y los medios de ponerlo en práctica.

Pero habia que proceder con cautela; era necesario adoptar precauciones sin las que el efecto podia ser contraproducente; no podia abordarse el propósito sin izquierdear; se trataba de un enfermo que podia devorar al médico, y era necesario ántes limar los dientes al monstruo y cortarle las uñas, amansarlo, domesticarle, hacerse su amigo, y propinarle despues el específico en pequeñas dosis, que irian aumentando gradualmente, y esto sin descubrir su intencion, sin hacerle comprender que se trataba de curarle, ni dejarle siquiera sospechar que pudiera estar enfermo; era tambien preciso tantear los medios, ensayarlos, asegurarse de su virtud, y, por último, entrar de lleno en el tratamiento, perseverar en él y no abandonarlo hasta realizar su propósito ó quedar convencido de la inutilidad de sus esfuerzos.

Todo esto debió pensar *Echegaray*, y si no lo pensó y procedió á ciegas y por mera casualidad, menester es confesar que su mision fué providencial, y que, al obrar



así, obedeció á un impulso despertado en su alma por un poder superior que le habia escogido para instrumento de sus planes.

Hemos visto ya cómo *Echegaray*, dándose ó no cuenta de ello, prueba en sus primeras obras á ensayar los medios más oportunos y eficaces; le hemos observado variar de método, combinar el nuevo con el antiguo, adoptar por último uno definitivo, de cuya idoneidad estaba seguro, con decision y denuedo, semejante al gladiador que mide las fuerzas de su contrario con la vista, prepara las suyas y embiste denodado, hasta vencer ó quedar tendido.

No ya emplea medios vacilantes y de hipotético resultado, ni se limita á proponer problemas sin solucion posible, presentando á la sociedad el cuadro de las desventuras que produce con su conducta extraviada é irregular; ahora pone en frente de los tipos inmorales, viciosos y repugnantes que en ella se mueven en abundancia, modelos de virtud, de bondad, de justicia; ya no se contenta con decir cómo la sociedad es, sino como debe ser, llevando á las tablas las escenas de un drama de familia que, conmoviendo y horrorizando, hace á la sociedad que las contempla aborrecerse á sí misma, despreciarse y pensar en la enmienda. Este es el drama de que vamos á ocuparnos, y del que ya es hora de que digamos algo, dejando para despues el manifestar si su resultado fué tan excelente como esperarse debiera, y su influencia tan poderosa como legítima y anhelada.

*O locura ó santidad* es un drama realista-romántico;

ya lo hemos dicho y probado en otra parte, y volveremos á insistir en este mismo capítulo, cuando hayamos manifestado lo que el drama es en sí, é investigado hasta su más oculto sentido y significacion.

El argumento de la obra es sencillísimo; pero los episodios que forman su trama le dan cierta complicacion del mejor gusto y efecto, y los detalles lo avaloran, conspirando á formar un conjunto armónico lleno de bellezas, aunque no del todo exento de defectos. Es como sigue:

Don Lorenzo de Avendaño es un hombre al cual *Echegaray* ha dotado de todas las virtudes y perfecciones morales, dándole además dotes de entendimiento muy poco comunes y presentándole como hijo mimado de la fortuna, á la que debe no escasa hacienda, brillante posicion, que hace de su vida un poema de felicidad, con el amor de su esposa, el cariño de su hija, el afecto de sus amigos y la consideracion y respeto de cuantos le conocen.

Virtuoso y honrado por conviccion, justo é imparcial por sistema, íntegro, inflexible en los asuntos relacionados con el deber y el honor, sabio sin orgullo, bueno sin afectacion, dechado de hombres ángeles, halla dentro de sí mismo todo lo necesario para ser feliz: la satisfaccion del ansia de saber; cumplida la seguridad del bien presente; la paz del alma y la tranquilidad de la conciencia; todo conspira á alejar de su lado hasta la sombra de un pesar, de una desgracia, y hasta cuanto le rodea, objetos y personas, lugares y seres queridos



respiran esa felicidad que parece irradiar de él y comunicarse á cuanto le pertenece. Hé aquí la situacion de los personajes al empezar la accion del drama.

Inés, hija de Lorenzo, ama á Eduardo, hijo de la duquesa de Belmonte, y es correspondida, contando además con el consentimiento y el apoyo de sus padres, que sólo desean complacer á su hija y hacerla feliz; sólo hay que vencer un pequeño obstáculo: la oposicion de la madre de Eduardo que, infatuada con la nobleza de su stirpe, halla desigual esta boda, y niega á su hijo el consentimiento; pero este obstáculo desaparece, porque convencida la Duquesa del amor inmenso que Eduardo siente por Isabel, segura de que aquél sabrá pasarse sin su asenso, y conociendo la honradez y buena posicion de la familia en que va á entrar su hijo, se deja ablandar por los ruegos de éste y accede á todo, y va ella misma á pedir la mano de Inés, colmando así los deseos de los enamorados jóvenes.

Por otra parte, el doctor Bermudez, médico y amigo de la casa, advierte á los padres de Inés, la extraña enfermedad que afecta á esta niña, y que, segun él, se llama amor, aconsejándoles que la casen pronto con el que adora; y ya hemos visto que Lorenzo y su esposa siguen al pié de la letra los consejos del sabio facultativo.

Todo anuncia felicidad en la casa de D. Lorenzo; nada nubla la dicha y el contento; pedir más sería ofender á Dios, mostrándose descontentadizo é ingrato.

Pero la fatalidad, que nunca duerme y siempre está

acechando dónde dejarse caer con su pavoroso séquito de males, aficciones y desventuras, no podia perdonar á tantos seres felices, y se desplomó sobre ellos, como acostumbra, en el momento crítico, cuando la copa de la dicha tocaba ya á los labios, cuando apenas queda espacio para interponerse, ni ántes ni despues, envenenando su contenido ó derramándolo por el dolo y la miseria. Cuando Lorenzo se prepara á recibir á la Duquesa, sabe por su amigo Tomás que á dos pasos de allí agoniza una pobre mujer, Juana, la que fué su nodriza, que desea verle y hablarle ántes de morir, depositar un beso en aquel rostro que acariciara tantas veces; y Lorenzo, que ama á la infeliz anciana, que se interesa por su suerte, á pesar de la acusacion de robo que pesa sobre ella, y en la que él no cree, se apresura á buscarla, la trae á su casa y la prodiga toda clase de atenciones y consuelos. Juana, á quien el peso de un terrible secreto oprime el alma, que no quiere morir llevándose á la tumba, porque en medio del horrible dolor que su revelacion ha de producir, habrá de encontrar ella un consuelo inefable, indica á Lorenzo, entre el temor de apesadumbrarle y el deseo de experimentar un placer que tanto tiempo le estuviera vedado, la existencia de este secreto, pero vacilando, sin acabar de decidirse, desesperando á Lorenzo, cuya curiosidad é interés crecen por instantes, y obligándole á faltar á todas las conveniencias, hasta el extremo de negarse á salir á recibir á la Duquesa, cuya llegada le anuncian todos uno por uno, sin conseguir hacerle separarse de



la anciana nodriza, de cuyos labios está pendiente su atencion y su alma entera.

Al fin consigue apoderarse del secreto entero; sabe que no es hijo de la que tanto tiempo tuvo por madre; que debe el sér á la que gime y se retuerce á sus piés en el paroxismo del dolor; lee el papel que lo prueba, y al convencerse de su horrible desgracia, llora; lágrimas de desesperacion bañan su rostro; un resto de duda se manifiesta en él por un momento, que desaparece ante el grito supremo de angustia y de placer con que Juana recibe el nombre de madre, y pronuncia, poniendo en la palabra toda su alma, el de ¡hijo!

Extraña por demás, pero admirable y casi sublime es la resolucion que despues de esto toma, resolucion que tiene por objeto privarse de un nombre, de una fortuna que no le pertenecen; renunciar á todo esto, empezando por romper el matrimonio concertado entre su hija y Eduardo, dando por pretexto el que él no es el que es, el que aparece ser, con lo que, llenando á todos los que escuchan de amargura y desesperacion, les hace creer que está demente, si bien prueba lo contrario en la amarga y elocuente plegaria que dirige á Dios, que de tal modo le pone á prueba.

La situacion se complica extraordinariamente desde este momento; Eduardo hace inconcebibles esfuerzos por convencer á D. Lorenzo y á su madre, quienes encastillados en sus respectivas ideas y opiniones, ni ceden, ni se ablandan; Angela, esposa de D. Lorenzo, va

del uno al otro pidiendo consuelo, demandando ayuda, llorando y suplicando, y discutiendo con su esposo sobre la dicha de su hija, que aquél con su propósito destruye; Inés en el lecho del dolor, víctima de una passion contrariada tan brusca é inopinadamente; Juana moribunda; Lorenzo batallando con todos y consigo mismo; todos moviéndose en torno de un mismo objeto, rodeándole, conspirando á un mismo fin; todos mostrándose dignos de la más grande felicidad y todos agobiados por la inmensa desdicha. Juana, que comprende, aunque tarde, el daño que ha causado con la imponente revelacion de su secreto, se encuentra arrepentida y trata de anular los efectos de su imprudencia; consigue apoderarse del papel que prueba la sustitucion de Lorenzo por el verdadero hijo de la que tuvo por madre, y lo arroja á las llamas, poniendo dentro del sobre donde aquél se hallaba un papel en blanco. Este esfuerzo agota las fuerzas que ya la quedan, y se prepara á morir, porque cree haber remediado el daño producido, sin contar con la rigidez de carácter de Lorenzo. Éste llama á todos, á fin de que oigan de los labios de la anciana que él es su hijo; pero ella, firme en su resolucion, lo niega en voz alta, aunque se lo confiesa al oido, convenciendo con sus palabras á los que la escuchan, de que Lorenzo desvaria, y dando lugar á que, desesperado, éste manifieste querer complacerla llamándola con otro nombre que el dulce de ¡madre! á cuya voz, herida en el corazon, exhala el postrer suspiro y cae muerta en los brazos de su hijo, pare-



ciendo que Lorenzo en su frenesí la ahoga al estrecharla entre sus brazos.

Este último detalle hace sospechar á todos que Lorenzo ha perdido la razon; y para evitar otro caso como el pasado, D. Tomás, el amigo de la familia, en nombre de los demás, que carecen de iniciativa para cosa alguna, toma la determinacion de hacer vigilar á aquél, y, en caso necesario, encerrarlo; para lo cual se pone de acuerdo con el doctor Bermudez, que se presenta acompañado de dos loqueros. Ángela se horroriza ante esta idea, trata de oponerse con todas sus fuerzas; pero las razones contundentes de D. Tomás la convencen, aunque llenando su alma de amargura y de dolor.

Entre tanto, Lorenzo, ignorante de lo que contra él se maquina, sólo piensa en presentar la prueba de la verdad de sus palabras; el papel que la que pasó por su madre dejó escrito ántes de morir, cree haberlo hallado, sin sospechar el acto de su madre verdadera, la destruccion de la terrible prueba, y se prepara á hacer en toda forma su declaracion y renuncia del nombre y de la fortuna que posee, y que no le pertenecen. Comunica su resolucion á su esposa, que no halla medio de oponerse, porque comprende que, loco ó cuerdo, la verdadera locura sería del que tratara de poner obstáculos á su proyecto. Don Lorenzo se duele amargamente de la desgracia que va á traer sobre los seres que le son queridos; pero prefiere esto á desoir la voz de su conciencia que le ordena obrar así. Ángela se somete resignada; y al oír de boca de su esposo que existe una prueba, que

la tiene en su poder, se sobresalta; pero en medio de su sobresalto se felicita, porque esto probaria que su esposo tenía su razon cabal, creencia de que participa D. Tomás, y en la que funda tácitamente todo un plan de arreglo en beneficio de todos.

Eduardo, aconsejado por el egoismo de su pasion, y convencido de que su madre no ha de transigir con la deshonor de la familia de D. Lorenzo, desea que la situacion se resuelva de una vez, y cuanto ántes, dejando adivinar sus deseos de que aquél sea declarado loco, con lo que él podrá realizar su propósito de casarse con Inés. Ésta gime amargamente y compadece á su padre, deseando morir. Eduardo trata de disuadirla arrancándola á la lucha resignada que sostiene con su padre.

La escena que sigue es de lo más terrible y espeluznante que se conoce; los loqueros traídos por el doctor Bermudez se presentan á la vista de D. Lorenzo, tomándolo por otro, el cual oye con horror de los labios de aquéllos la declaracion de su locura y el propósito que tiene su familia de encerrarle, atribuyéndole la muerte intencionada de Juana, lo cual produce en él una explosion terrible que hace comprender á los loqueros la imprudencia que han cometido.

Entónces es cuando Lorenzo cree llegado el momento de emplear el terrible argumento, la prueba clara y evidente de que, aunque es muy desgraciado, conserva sana su razon. Hace entrar á D. Tomás y al doctor Bermudez á su gabinete, en el que espera encontrarla, y se presenta por fin con el sobre que encerrarla debia.



Ignorando la sustitucion hecha por Juana en sus últimos momentos, la da á leer á su amigo D. Tomás, que sólo ve papel en blanco; lo entrega al doctor Bermudez, al que sucede lo mismo; y, por último, desconfiando de todos, acude á su propia hija, que tampoco ve nada, y entónces empieza á sospechar que todos están contra él de acuerdo, que han sustraído intencionadamente el papel que encerraba la verdad; cree que su llanto es fingido, su dolor falso; se despide triste y amargamente de su esposa; quiere abrazar á su hija, llevársela, y todos, creyendo que va á ahogarla en sus brazos como á Juana, se la arrancan á viva fuerza, le sujetan, van á llevarle, y al marcharse, se despide de su hija, pidiendo á Dios por su dicha; y al decir aquélla: «¡Adios! ¡yo iré á salvarte!» exclama, sujeto á viva fuerza como lo está, por creerle todos loco ménos Inés: «¡Qué podrás tú... hija mia... si Dios no me salva!» con lo que concluye la más grandiosa de todas las creaciones de *Echegaray*.

Este es el drama, que ha merecido á unos la calificación de excelente y á otros la de disparatado; que todos han aplaudido y que ha puesto el sello á la reputacion de su autor; las opiniones sobre su mérito literario, sobre sus tendencias, contextura y elementos que lo constituyen no están del todo acordes, y nosotros, en el análisis que de él vamos á hacer, tendremos en cuenta para formar la nuestra, todas las emitidas por críticos más ó ménos competentes é ilustrados, entendiéndose que á ninguna hemos de someternos servilmente, pues nos agra-

da, en esta materia como en otras, ser enteramente independientes y asumir toda la responsabilidad de nuestras afirmaciones.

Lo primero que salta á la vista al examinar el drama *O locura ó santidad* es el pensamiento capital que da origen á la obra, y del que se desprende lo grandioso de la concepcion, y por eso debemos examinarlo desde luégo.

Probar que, con arreglo al criterio actual de la sociedad, el cumplimiento estricto del deber, pero de un deber puro y espinoso, puede en determinadas ocasiones considerarse como locura, é inspirados por ella todos los actos que á aquel fin conducen, que no hay una línea divisoria que marque distintamente dónde acaba el imperio de la moral y empieza el de la conveniencia; resolver el problema de si es mayor mérito la abnegacion, cuando á ella se sacrifican las afecciones más caras, la felicidad de los seres amados, ó cuando se hace el sacrificio completo de sí mismo, cuando se ofrece hasta el alma en holocausto por conservar inalterable aquella felicidad; tal parece ser el pensamiento de este drama de *Echegaray*, y el que han señalado como único posible los críticos más autorizados de comun acuerdo.

Pero, en opinion de esos mismos críticos, si es este el pensamiento de la obra, resulta falso en todas sus partes, porque, tal como lo ha concebido su autor, su probabilidad no depende de la fuerza misma de sus conclusiones, sino de la de las circunstancias que concurren al desarrollo de la accion dramática, es decir, que sin



ellas, siguiendo las cosas su curso natural, ó no habria drama, ó no existiria la moralidad y la enseñanza del pensamiento. Más claro: si D. Lorenzo hubiera tenido medios de probar que en realidad no era el que aparentaba ser, no fuera tenido por loco, todos se hubieran sometido á la fatalidad que descargaba sobre ellos, y el pensamiento desaparecia como engendrado por la accion dramática y anulado por ella al mismo tiempo. Y si el pensamiento fuese verdadero, la accion dramática resultaria falsa, porque tomaba de sí misma, de sus detalles, y no de la esencia de aquél, los elementos necesarios para existir.

Nosotros creemos, pues, que no es este el pensamiento verdadero del drama, sino que más bien brota en la mente del lector ó espectador al choque de los elementos que en él combaten; pero de una manera rápida, efímera, como la luz del relámpago, más aún, como la chispa que produce el pedernal al ser herido por el eslabon, pero sin tomar consistencia ni forma determinada; siendo á manera de un efecto de espejismo, concibiéndose la probabilidad y nunca la realidad de su existencia.

Para nosotros el pensamiento capital de la obra que examinamos puede resumirse del modo siguiente: El cumplimiento estricto del deber moral es á veces un problema cuya solucion es poco ménos que imposible; los obstáculos, las contrariedades, los peligros por que á veces hay que atravesar para realizarlo pueden ser de tal naturaleza, que disculpen y justifiquen de algun

modo el que pueda dilatarse, evadirse á él ó llevarlo á cabo sin ruidos y escándalos, sin perjuicio de tercero y dejando á los que á su cooperacion no están absolutamente obligados, en libertad de obrar como quieran, de estorbar la ejecucion de los propósitos del actor principal. Además creemos que el autor se propuso demostrar tambien que en medio de los dolores, amarguras y terribles pesares de que suele ir acompañado y seguido el cumplimiento del deber, el alma tiene momentos de indecible satisfaccion, experimenta goces inefables, halla dentro de sí misma la felicidad relativa de que se ve privada, y espera, confiando en una compensacion proporcionada á su quebranto, importándole poco las satisfacciones de la materia, que sacrifica sin vacilar á intereses de orden más elevado.

De esta manera el pensamiento no resulta falso, ni mata la accion dramática; pero aparece en cierto modo ineficaz ó de efectos poco inmediatos, toda vez que el público, impresionado con las escenas del drama, ve muy lejana la compensacion de los sacrificios del protagonista, y refiriendo sus impresiones á los momentos actuales, sonrie desdeñosamente, y cuando más, compadece al protagonista, pero sin desear imitarle.

Acaso no satisfaga á nadie esta explicacion, lo cual no nos extrañaria porque tampoco á nosotros nos satisface y nos parece algo oscura; de esta vaguedad y confusion tiene la culpa la obra misma, en la que no aparece distinto el pensamiento ó aparece fraccionado, dividido, dando origen á una dualidad que ha puesto ya